

M. VÍCTOR HUGO: Los que le ofenden son sus amigos, que dan á entender no abandonará su sitio el segundo domingo de Mayo, como debe hacerlo si no es sedicioso.

EN LA IZQUIERDA: Ni perjuro.

M. VIEILLARD: (1) M. Víctor Hugo sabe muy bien que eso no son más que calumnias.

M. VÍCTOR HUGO: Señores de la mayoría, habeis suprimido la libertad de la prensa; ¿quereis suprimir la libertad de la tribuna?

No vengo á pedir favor, sino franqueza. El soldado á quien se impide cumplir con su deber rompe su espada; si la libertad de la tribuna ha muerto, decidlo y romperé mi representacion. El día en que la tribuna deje de ser libre descenderé de ella para no subir más. La tribuna que no es libre no es aceptable sino para el orador que ha perdido su dignidad.

Ahora veremos si se respeta la tribuna. Continúo.

Despues de Napoleon el Grande no quiero que venga Napoleon el Pequeño. Respetad las grandezas, dad tregua á parodias ridículas. Para colocar un águila en las banderas es preciso que exista antes otra águila en las Tullerías. ¿Dónde está el águila?

M. LEON FOUCHER: El orador insulta al presidente de la República.

EL PRESIDENTE: Ofendeis al presidente de la República.

VÍCTOR HUGO: Prosigo.

Señores, he tenido en mis manos, lo mismo que vosotros y todo el mundo, diarios, libros, folletos imperialistas ó cesaristas, como hoy se dice, y me ocurre una idea que no puedo menos de comunicaros antes que se pierda la ocasion. ¿Qué diria aquel soldado, aquel gran soldado de la Francia que descansa en los Inválidos, á los que su sombra presta abrigo y cuyo nombre se invoca con frecuencia y de modos tan extraños? ¿Qué diria aquel Napoleon, que entre tantos prodigiosos combates se encaminó á ochocientas leguas de Paris para provocar á la vieja barbarie moscovita al gran duelo campal de 1812? ¿Qué diria aquel sublime espíritu, que vislumbraba con horror la posibilidad de una Europa cosaca, y que á pesar de sus instintos autoritarios preferia una Europa republicana? ¿Qué diria si pudiese ver desde el fondo de su sepulcro que su imperio, su belicoso é

inmortal imperio tiene hoy por panegiristas y defensores teóricos á hombres que en nuestra época libre y razonadora se vuelven hácia el Norte con una desesperacion que seria risible si no fuese monstruosa? ¿A hombres que cada vez que nos oyen pronunciar las palabras democracia, libertad, humanidad y progreso se tienden en tierra boca abajo con terror indecible, y aplican el oído á tierra para escuchar si oyen el ruido de las cureñas de los cañones rusos?

(Grandes aplausos en la izquierda. Clamores en la derecha. Toda la derecha se pone en pié y cubre con sus gritos las últimas palabras del orador. Muchos ministros se levantan y protestan contra ellas. Crece el tumulto. Se lanzan apóstrofes violentos al orador.)

EL MINISTRO DE NEGOCIOS EXTRANJEROS: Sabeis que eso no es cierto! ¡Protestamos en nombre de la Francia.

M. DE RANCÉ: Pedimos se llame al orden al orador.

M. DE CROUSEILHES, ministro de Instruccion pública: (1) Haced una aplicacion formal de vuestras palabras. ¡Decid nombres! Decidlos!

EL PRESIDENTE: Os llamo al orden, M. Víctor Hugo, ya que á pesar de mis advertencias no cesais en vuestro lenguaje provocador.

ALGUNAS VOCES EN LA DERECHA: Es un provocador asalariado.

M. CHAPOT: Que diga el orador á quién se dirige.

M. DE STAPLAUDE: Nombrad á los que acusais, si es que os atreveis. (Agitacion tumultuosa.)

VOCES EN LA DERECHA: Sois un infame calumniador. Eso es una cobarde insolencia. (Al orden! Al orden!)

EL PRESIDENTE: Con el ruido que promoteis impedís que se sepa que he llamado al orden al orador.

VÍCTOR HUGO: Pido que se me deje explicar. (Murmullos ruidosos y prolongados.)

M. DE HEECKEREN: (2) Dejadle representar su comedia.

M. LEON FAUCHER, ministro del Interior: El orador... (Interrúmpele la izquierda.) El orador...

EN LA IZQUIERDA: No teneis la palabra.

EL PRESIDENTE: Dejad que se explique M. Víctor Hugo, á quien he llamado al orden.

(1) Comisario general de Policía del imperio con 40.000 francos.

(2) Senador del imperio.

EL MINISTRO DEL INTERIOR: ¡Puede, señores, un orador insultar de ese modo al presidente de la República!... (Ruidosas interrupciones en la izquierda.)

M. VÍCTOR HUGO: Dejadme explicar. No os cedo la palabra.

EL PRESIDENTE: No teneis la palabra y no os corresponde tampoco dirigir la discusion. M. Víctor Hugo ha sido llamado al orden; pide se le permita explicarse; le concedo la palabra: hareis que sea imposible la conservacion del orden si usurpais las funciones de mi cargo.

M. VÍCTOR HUGO: Señores, vais á ver cuán peligroso es interrumpir con demasiada precipitacion.

He sido llamado al orden, y un honorable representante, á quien no tengo el honor de conocer...

UN DIPUTADO se adelanta desde los bancos de la derecha, llega al pié de la tribuna y dice: Yo he sido.

M. VÍCTOR HUGO: Quién, vos?

EL INTERRUPTOR: Yo.

M. VÍCTOR HUGO: Muy bien; pues callaos.

EL INTERRUPTOR: No queremos escucharos ya. La mala literatura produce política mala. Protestamos en nombre de la lengua francesa y de la tribuna francesa. Podiais reservar todo eso para el teatro de la Porte-Saint-Martin, monsieur Víctor Hugo.

M. VÍCTOR HUGO: Veo que conoceis mi nombre, segun parece, y yo no puedo decir otro tanto del vuestro. ¿Cómo os llamais?

EL INTERRUPTOR: Bourbousson.

M. VÍCTOR HUGO: Valeis más de lo que yo creia. (Risas prolongadas en todos los bancos. El interruptor vuelve á su asiento.)

M. VÍCTOR HUGO: Mr. Bourbousson dice que es preciso aplicarme la censura.

VOCES EN LA DERECHA: Sí, sí.

M. VÍCTOR HUGO: Por qué? Porque he calificado dentro de mi derecho (Negativas en la derecha), por haber calificado á los autores de los folletos cesaristas... (Reclamaciones en la derecha. M. Víctor Hugo se inclina hácia el taquígrafo del "Monitor", y le pide comunicacion inmediata de la frase de su discurso que ha provocado la emocion de la Asamblea.)

VOCES EN LA DERECHA: M. Víctor Hugo no tiene derecho para cambiar las frases del Monitor.

EL PRESIDENTE: La Asamblea se ha pronunciado contra frases que deben haber sido recogidas por los taquígrafos del Monitor. Mi llamada al orden se refiere á aquellas palabras, tal como las habeis

pronunciado. Ahora, si las explicais ó las variáis, la Asamblea podrá juzgar.

M. VÍCTOR HUGO: Las repito como el taquígrafo del Monitor las ha tomado directamente.

MUCHOS DIPUTADOS: ¡Las habeis variado! Habeis hablado con el taquígrafo!

M. DE PANAT, cuestor, y otros diputados: No ha habido variacion. Las palabras aparecerán en el Monitor tal como se han pronunciado.

M. VÍCTOR HUGO: Señores, mañana, cuando leais el Monitor... cuando leais la frase que habeis interrumpido sin comprenderla, la frase en que digo que Napoleon se admiraria y se indignaria al ver que su imperio, su glorioso imperio, tiene hoy por defensores y reconstructores teóricos á hombres que cada vez que pronunciamos las palabras *democracia, libertad, humanidad, progreso*, se tienden boca abajo con terror indecible y aplican el oído á tierra para escuchar si por fin acude el cañon ruso...

VOCES EN LA DERECHA: ¿A quién os referís con eso?

M. VÍCTOR HUGO: ¡Por esto he sido llamado al orden!

M. DE TREVENENE: ¿A qué partido os dirigís?

VOCES EN LA IZQUIERDA: A Romieu! ¡Al espectro rojo!

EL PRESIDENTE (á M. Víctor Hugo): No podeis aislar una frase de todo vuestro discurso. Ese párrafo ha sido consecuencia de una comparacion insultante entre el emperador que no existe y el presidente de la República. (Agitacion prolongada. Gran número de diputados bajan al hemiciclo, que se despeja con gran trabajo mediante las ordenes del Presidente y los ruegos de los celadores.)

M. VÍCTOR HUGO: Mañana reconoceis la verdad de mis palabras.

VOCES EN LA DERECHA: Habeis dicho "vosotros".

M. VÍCTOR HUGO: Jamás, y lo aseguro desde esta tribuna, jamás ha entrado en mi intento un solo instante dirigirme á nadie de los que están en la Asamblea. (Reclamaciones y risas ruidosas en la derecha.)

EL PRESIDENTE: En tal caso queda el insulto todo entero para el señor presidente de la República.

M. DE HEECKEREN: (1) Si no se trata de nosotros, ¿por qué venir á decirnoslo y no guardárselo para llenar las columnas de *L'Événement*?

(1) Senador.

(1) Senador del imperio.

M. VÍCTOR HUGO (*volviéndose hacia el Presidente*): Veis claramente que la mayoría se cree insultada. ¡No se trata ahora del presidente de la República!

EL PRESIDENTE: Le habeis colocado todo lo bajo que os ha sido posible.

M. VÍCTOR HUGO: Esa no es la cuestion.

EL PRESIDENTE: Decís que no habeis querido insultar al señor presidente de la República con vuestro paralelo; yo os felicito por ello. (*La agitacion continúa; apóstrofes de extrema violencia se dirigen al orador y otros se cambian de un extremo á otro de la Cámara. M. Lefebvre-Duruflé se aproxima á la tribuna y entrega al orador una cuartilla de papel.*)

M. VÍCTOR HUGO (*después de haber leído*): Voy á dar explicacion inmediata á la siguiente observacion que se me acaba de entregar:

“La causa que ha motivado la indignacion de la Asamblea ha sido la palabra “vosotros”, que demuestra que no habláis indirectamente.”

El autor de esta observacion reconocerá mañana cuando lea el *Monitor* que no he dicho “vosotros”, que he hablado indirectamente y que no me he dirigido á nadie de la Asamblea. Y vuelvo á repetir que á nadie me dirijo. Terminemos esta mala interpretacion.

UNA VOZ EN LA DERECHA: Bien! bien! Dejad eso á un lado.

EL PRESIDENTE: Haced cesar la excitacion de la Asamblea en que la habeis colocado. Señores, reclamo silencio.

M. VÍCTOR HUGO: Mañana, al leer el *Monitor* que ha recogido mis palabras, conoceréis la precipitacion con que habeis obrado. Nunca he soñado un solo momento ofender á un solo individuo de esta Asamblea; así lo declaro, y dejo mi llamamiento al orden sobre la conciencia del señor Presidente.

Un instante nada más y termino. (*Se restablece el silencio. El orador se dirige á la derecha.*)

¡Monarquía legítima, monarquía imperial! Qué nos quereis? Somos ya los hombres de otra edad. Para nosotros no existen flores de lis más que en Fontenoy, ni águilas imperiales sino en Eylau y Wagram.

Ya os lo he dicho, sois el pasado.

¿Con qué derecho os presentais en el presente si nada teneis de comun con él? Contra quién y para qué os coligais? Qué significa tal alianza? ¿Qué significa esa mano del imperio que miro estrechando la mano de la legitimidad? Le-

gitimistas, el imperio mató al duque de Enghien! ¡Imperialistas, la legitimidad ha fusilado á Murat! (*Viva impresion.*)

¡Tened cuidado si os estrechais la mano no mezeleis las dos sangres que las manchan! (*Viva impresion.*)

¿Qué esperais? Destruir la República? Ruda es la tarea que empredeis; ¿lo habeis pensado bien? Cuando un obrero ha trabajado diez y ocho horas ó cuando un pueblo ha trabajado diez y ocho siglos y uno y otro acaban de recibir el precio de su trabajo, id y probad á arrebatar al obrero su salario ó al pueblo su República.

¿Sabeis lo que hace fuerte la República? ¿Sabeis lo que la hace invencible é indestructible? Lo he dicho al empezar y os lo repito ahora que concluyo. La hace fuerte la suma del trabajo de todas las generaciones, que es el producto acumulado de los esfuerzos anteriores, que es resultado histórico tanto como hecho político; que constituye, por decirlo así, la atmósfera de la actual civilizacion, que es la forma absoluta, suprema, necesaria del tiempo en que vivimos; que es el aire que respiramos, que en cuanto los pueblos lo respiran les es imposible acostumbrarse á otro.

¿Sabeis lo que hace imperecedera la República? Identificarse por una parte con el siglo y por la otra con el pueblo; es la idea del uno y la corona del otro.

Señores partidarios de la revision, os he preguntado lo que queriais; ahora escuchadme lo que quiero yo. Toda mi política está encerrada en dos palabras. Es necesario suprimir cierto grado de miseria en el orden social y otro grado de ambicion en el orden político. Nada de pauperismo y nada de monarquía. La Francia no estará tranquila hasta que por el mismo arraigo y poder de las instituciones encuentren los unos pan y trabajo y pierdan los otros por completo esperanzas funestas. De este modo veremos desaparecer al mismo tiempo á todos los que tienden la mano, desde los mendigos hasta á los pretendientes. (*Explosion de aplausos. Gritos y murmullos en la derecha.*)

EL PRESIDENTE: Dejadle terminar, por el amor de Dios.

M. BELIN: Por amor de la hora de comer.

EL PRESIDENTE: Vamos! por favor! ¡por favor!

M. VÍCTOR HUGO: Señores, hay dos clases de cuestiones; las falsas y las verdaderas.

La asistencia, el salario, el crédito, el impuesto, la suerte de las clases trabajadoras, se miran con negligencia y se aplazan siempre. Sufrid siquiera que de cuando en cuando se recuerden; prosigo. Los sufrimientos del débil, del pobre, de la mujer, del niño, la educacion, la penalidad, la produccion, el consumo, la circulacion, el trabajo que produce el pan de todos, el sufragio universal que contiene el derecho de todos, la solidaridad entre hombres y entre pueblos, la ayuda á las nacionalidades oprimidas, la fraternidad francesa produciendo por su irradiacion la fraternidad europea. Hé aquí los verdaderos problemas.

La legitimidad, el imperio, la fusion, la excelencia de la monarquía sobre la República, las tesis filosóficas productoras de barricadas, la eleccion entre los varios pretendientes, son las que llamo falsas cuestiones.

Pues bien, tambien es preciso decíroslo; abandonais los problemas verdaderos por los falsos, abandonais las cuestiones de vida por las que están muertas. ¡Y es esta vuestra inteligencia política! ¡Y es este el fatal espectáculo que nos ofreceis! Los poderes legislativo y ejecutivo nunca están de acuerdo; traban continuas querellas uno contra otro; nada se hace, nada tiende á su fin; todo son vanas y desdichadas controversias; los partidos desgarran la Constitucion con la esperanza de destruir la República; los hombres, en contradiccion continua, unos olvidan lo que juraron y los otros lo que proclamaron, y entre tanto el tiempo, es decir, la vida, se pasa y se pierde.

¿Y es esta la situacion que representais al neutralizar toda autoridad por la lucha y rebajando y anulando todo poder por la inaccion y el marasmo, que producen algo muy semejante á la muerte?

Ninguna grandeza, ninguna fuerza, ninguna impulsión. ¡Desavenencias, porfías y conflictos sin fin! Todo menos gobierno.

Y en qué momento ocurre esto?

Cuando más que nunca es necesaria potencia inicial democrática; en el momento en que la civilizacion, en vísperas

de sufrir terrible prueba, tiene necesidad de poderes activos, inteligentes y reformadores de las necesidades del pueblo; en el momento en que se acercan dias amargos; en el momento en que todos los intereses parecen preparados para entrar en lucha con todos los principios; en el momento en que se aproxima el año 1852 lleno de zozobras y de terribles cuestiones; en la ocasion en que los filósofos, los publicistas, los observadores graves, los hombres que no son hombres de Estado, sino sábios, inquietos y pendientes del porvenir, con la mirada fija en las oscuridades acumuladas, creen oír el ruido monstruoso de mil revoluciones entreabriéndose en las sombras.

Señores, termino ya. No hay que hacerse ilusiones; esta discusion, por borascosa que haya sido, por mucho que conmueva á las masas, solo es un preludio. Lo repito, el año 1852 se acerca; el instante llega en que van á aparecer despiertas y envalentonadas por la ley fatal del 31 de Mayo, armadas por ella para su último combate contra el sufragio universal agarrotado, todas las pretensiones de que os he hablado, todas las legitimidades que solo son terribles usurpaciones. Llega el momento en que se librará la gran batalla entre todas las formas pasadas del imperialismo y de la legitimidad, entre el derecho de la fuerza y el derecho divino contra el gran derecho democrático; el derecho humano. Este dia todo se pondrá, al parecer, en tela de juicio, y gracias á las reivindicaciones sistemáticas del pasado, la sombra cubrirá de nuevo el grande é ilustre campo de batalla de las ideas y del progreso que se llama Francia. Ignoro lo que podrá durar este eclipse; no sé lo que durará este combate; pero lo que sé, de lo que no tengo duda, lo que anuncio, lo que afirmo, es que el derecho no perecerá; es que cuando el sol vuelva á salir no verá más que dos combatientes: el pueblo y Dios. (*Aclamacion inmensa. Todos los individuos de la izquierda reciben al orador al pié de la tribuna y le estrechan la mano. La sesion queda suspendida diez minutos, á pesar de las voces de M. Dupin y de los esfuerzos de los celadores.*)